

ERICH SEGAL

LOVE STORY

«Amar significa no tener que decir nunca lo siento.»



Oliver Barrett, proveniente de una opulenta familia, es un joven estudiante de Harvard entregado al deporte y a sus estudios. Jennifer Cavalleri, de 24 años, estudiante de música y arte, es de origen italiano y trabaja como bibliotecaria. Un día Oliver pide un libro en la biblioteca y le sorprende el descaro de la muchacha. La invita a tomar café... A partir de aquí se inicia una historia vieja como el mundo, pero que no perderá su belleza estremecedora ni su poderoso impacto sentimental por mucho que se repita. Esta novela combina con maravillosa ternura la juventud, el amor y la tragedia.

A Sylvia Herscher y John Flaxman

... namque... solebatis
Meas esse aliquid putare nugas.

1

¿Qué se puede decir de una muchacha de veinticinco años que murió?

Que era hermosa. Y terriblemente inteligente. Que adoraba a Mozart y a Bach. Y a los Beatles. Y a mí. Un día en que la chica me metía en el mismo saco con esos tipos del ramo de la música, le pregunté en qué orden nos adoraba, y la chica contestó, sonriendo: «Alfabético». También yo sonreí en aquel entonces. Pero ahora pienso en ello y me pregunto si en su famosa lista yo figuraba con mi nombre de pila, en cuyo caso quedaría situado detrás de Mozart, o con mi apellido, en cuyo caso me hubiese colocado entre Bach y los Beatles. De todos modos, es lo cierto que no ocupo el primer lugar en la lista, cosa que, por alguna razón estúpida, me fastidia como nadie puede figurarse, acaso porque siempre crecí con la idea fija de que en todo debo ser siempre el número uno. Herencia familiar, desde luego.

A fines de mi último curso, me dio por ir a estudiar en la biblioteca de Radcliffe. Y no sólo para recrearme la vista, aunque reconozco que me encanta mirar. El local es tranquilo, allí nadie me conocía, y los libros de reserva estaban menos solicitados. La víspera de uno de mis exámenes de Historia, aún no había abierto ni el primero de los libros de mi lista, enfermedad endémica de Harvard. Me acerqué al mostrador de los libros de reserva con la intención

de obtener uno de los tomos que habían de sacarme de apuros al día siguiente. En el mostrador trabajaban dos chicas. Una de ellas alta, del tipo tenista; la otra tipo ratoncillo, y con gafas. Opté por la Minie Mouse con cuatro ojos.

–Oye, ¿tenéis *La decadencia de la Edad Media*?

Me echó una ojeada.

–¿Y vuestra biblioteca de qué os sirve? –me preguntó.

–Ya sabes que Harvard tiene derecho a utilizar la biblioteca de Radcliffe.

–Déjate de derechos, *Preppie*!¹¹ Es una cuestión de ética. Vosotros tenéis cinco millones de libros. Nosotras, unos pocos millares apenas.

¡Dios me valga! ¡Vaya con la niña! El clásico tipo de sabihonda, la clase de muchacha que cree que por el hecho de que la proporción de Radcliffe a Harvard es de cinco a uno, las chicas deben ser a la fuerza cinco veces más listas. Normalmente, a ese tipo de niñas las hago trizas, pero en aquel momento necesitaba el maldito libro, y lo necesitaba de mala manera.

–Oye, necesito ese condenado libro.

–Un poco más de modos, *Preppie*, por favor.

–¿Por qué estás tan segura de que procedo de una Prep School?

–Porque tienes todo el aire de ser tonto y rico –dijo la muchacha, quitándose las gafas.

–Pues metiste la pata –protesté–. Soy listo y pobre, para que te enteres.

–¡Qué va, *Preppie*! Yo *sí* soy lista y pobre.

La chica me miraba a los ojos. Los suyos eran castaños. Bueno, de acuerdo, es posible que tenga el aire de ser rico, pero no estaba dispuesto a permitir que una niña de Radcliffe –ni aun por sus lindos ojos– me llamara tonto.

–¿En qué te basas para considerarte tan lista? –le pregunté.

- En que no estaría dispuesta a ir a tomar un café contigo –respondió.
–Ni a mí se me ocurriría invitarte.
–En eso se nota que eres tonto –dijo entonces.

Quiero explicar por qué la invité a tomar café. Capitulando con astucia en el momento crucial –es decir, fingiendo que así de pronto me entraban ganas de invitarla –, conseguí el libro que necesitaba. Y como la muchacha no podía salir hasta que se cerrara la biblioteca, tuve tiempo de sobra para asimilar unas cuantas frases lapidarias acerca de la evolución de la influencia sobre la realeza, que a fines del siglo xi pasó del clero a los leguleyos. En el examen saqué un 19 sobre 20, casualmente la misma calificación que asigné a las piernas de Jenny la primera vez que salió de detrás del mostrador.

En cambio, debo decir que no pude conceder matrícula de honor a su atuendo; para mi gusto resultaba demasiado a la bohemia. Me fastidió en especial el chisme indio que utilizaba como bolso. Menos mal que no se me ocurrió decírselo, porque luego descubrí que ella misma lo había diseñado.

Fuimos al «Restaurante Midget»^[2], un *snack* cercano que, a pesar de su nombre, no está reservado exclusivamente para gente bajita. Encargué dos cafés y un helado de chocolate (para ella).

–Me llamo Jennifer Cavilleri –dijo la muchacha–, americana, de ascendencia italiana.

Como si hiciera falta decirlo.

–Y estudiante de música –agregó.

–Yo me llamo Oliver –dije, por mi parte.

–¿De nombre o de apellido? –preguntó Jenny.

–De nombre –respondí; y entonces le confesé que mi nombre completo era Oliver Barrett. (Bueno, casi completo).

–Vaya –dijo la muchacha–. ¿Barrett, como la poetisa?

–Sí –dije–, pero no somos parientes.

Durante el silencio que siguió, di las gracias, en mi interior, porque la chica no me había soltado la fastidiosa pregunta de costumbre: «¿Barrett, como la sala?». Porque yo tengo mi cruz particular, que consiste en ser pariente del tipo que pagó el «Barrett Hall», el edificio más grande y más feo de Harvard Yard, un monumento colosal al dinero, la vanidad y el flagrante harvardismo de mi familia.

Como he dicho, la chica enmudeció de pronto. ¿Era posible que ya hubiésemos agotado los temas de conversación? ¿Acaso la había decepcionado por el hecho de no ser pariente de la poetisa? ¡Quién sabe! Simplemente, Jenny permanecía allí sentada, dirigiéndome una vaga sonrisa. Por hacer algo, eché mano de sus cuadernos de notas. Tenía una caligrafía curiosa, una letra pequeña, puntiaguda; y no usaba mayúsculas. (¿Quién creería ser, E.E. Cummings?). Y seguía unos cursos francamente inocentes la niña: Literatura Comparada 105; Música 150; Música 201...

–¿Música 201? ¿No es un curso del último ciclo?

Asintió con la cabeza; la verdad es que apenas logró disimular lo orgullosa que se sentía de ello.

–Polifonía del Renacimiento.

–¿Polifonía? ¿Y eso qué es?

–Nada sexual, *Preppie*.

¿Cómo le toleraba aquellos modales? ¿Acaso la chica no leía el *Crimson*? ¿No sabía quién era yo?

–Oye, ¿no sabes quién soy yo?

–Claro –respondió Jenny, casi con desprecio–. El amo de «Barrett Hall».

Era evidente que no sabía quién era.

–Yo no soy el *amo* de «Barrett Hall» –quise puntualizar–. Se da el caso de que mi bisabuelo regaló el edificio a Harvard.

–Para que su bisnieto pudiera tener la seguridad de ingresar en la escuela.

Aquello ya era demasiado.

–Jenny, si estás tan convencida de que soy un don nadie, ¿por qué te has empeñado en que te invitara a café?

Me miró fijamente a los ojos y sonrió.

–Me gusta tu cuerpo –dijo.

Saber perder forma parte del arte de ser un gran campeón. Sin paradojas. Un rasgo característico de la gente de Harvard consiste en saber convertir cualquier derrota en una victoria.

«Mala suerte, Barrett. Jugasteis estupendamente».

«De veras que me alegro de que hayáis ganado vosotros, muchachos. Quiero decir que os hacía tanta falta ganar...».

Claro que es mejor un triunfo rotundo y claro. Quiero decir que, a ser posible, es preferible el tanto en el último minuto. Y mientras acompañaba a Jenny a su residencia, yo confiaba todavía en acabar por vencer a aquella mocosuela de Radcliffe.

–Oye, mocosuela, el viernes por la noche hay el partido de hockey de Dartmouth.

–¿Y qué?

–Que me gustaría que fueses.

Con el respeto que las niñas de Radcliffe suelen mostrar por el deporte, Jenny respondió:

–¿Y por qué demonios tendría que ir a aguantar un asqueroso partido de hockey?

Contesté, en tono falsamente indiferente:

–Porque juego yo.

Siguió una breve pausa. Creo que pude oír cómo caía la nieve.

–¿En qué bando? –preguntó.

2

Oliver Barrett IV
Nacido en Ipswich, Mass.
Edad: 20 años
Materia: Estudios Sociales
Cuadro de Honor: 1961, 1962, 1963
All-Ivy Primer Equipo: 1962, 1963
Carrera proyectada: Derecho
Último curso
Phillips Exeter 1'78 m. 83 kilos.

En aquellos momentos, Jenny ya habría leído mi ficha en el programa. Me aseguré por partida triple de que Vic Claman, el *manager*, hiciera llegar un programa a sus manos.

«¡Válgame Dios, Barrett! ¿Es tu primera conquista?».

«Cierra el pico, Vic, o te tragarás los dientes».

Durante el precalentamiento, ya en la pista de hielo, no la saludé con la mano (¡vaya cursilería!) ni siquiera miré hacia donde ella estaba. Y sin embargo, sospecho que Jenny *creyó* que la miraba. Supongo que no se quitó las gafas durante el himno nacional por respeto a la bandera, digo yo.

Hacia la mitad de la segunda parte, estábamos ganando a Dartmouth por 0 a 0. Es decir, Davey Johnston y yo estábamos a punto de perforar sus redes. Los malditos Verdes lo intuyeron y empezaron a jugar duro, con la esperanza de rompernos un par de huesos antes de que los dejáramos para el arrastre. Sus hinchas ya empezaban a

chillar exigiendo sangre, o, de lo contrario, un tanto. Por aquello de *noblesse oblige*, jamás les he negado ninguna de las dos cosas.

Al Redding, el centro del Dartmouth, cargó a través de la delantera azul, y yo me lancé contra él, le arrebaté el tejo azul, y corrí hacia su puerta. Los hinchas rugían. Vi a Davey Johnston a mi izquierda, pero decidí realizar la jugada yo solo, puesto que el guardameta era un tipo cobardica a quien yo ya había metido el miedo en el cuerpo cuando jugaba con el Deerfield. Antes de que pudiera lanzar a gol, los dos defensas contrarios se arrojaron contra mí, y tuve que patinar por detrás de la puerta para no perder el tejo. Allí andábamos los tres, pegando fuerte a los maderos y unos a otros. En las agarradas de esa clase siempre adopto la táctica de zurrar con fuerza a cualquier cosa que luzca los colores contrarios. Por aquí, debajo de nuestros patines, andaba sin duda el tejo, pero por el momento los tres nos dedicábamos a zurrarnos de lo lindo.

El árbitro tocó el silbato.

—¡Eh, tú, dos minutos de suspensión!

Miré hacia él. Me señalaba a mí. ¿A mí? Pero, ¿qué había hecho yo para merecer un castigo?

—Hombre, árbitro, ¿qué he hecho yo?

Bueno, el tipo no estaba para diálogos. Gritó en dirección a los de la mesa de control: «Número siete, dos minutos» sin cesar de agitar los brazos señalándome a mí.

Me hice un poco el remolón, como es de rigor. El público siempre espera una protesta, por más clara que sea la falta. El árbitro me echó de la pista, gesticulando. Hirviendo de cólera, patiné hacia la jaula de los castigos. Mientras subía a la tarima, entre los golpes de mis patines contra los maderos, oí los ladridos de los altavoces:

—Castigo. Barrett de Harvard. Dos minutos. Suspensión.

La multitud aulló; varios fanáticos del Harvard pusieron en duda la visión y honradez de los árbitros. Yo me senté,

y procuré concentrarme en recobrar el aliento, sin atreverme a mirar hacia la pista, donde el Dartmouth nos aventajaba en número.

—¿Por qué te quedas ahí sentado mientras todos tus amigos están jugando?

Era la voz de Jenny. Ignorándola, empecé a animar a mis compañeros.

—¡Adelante, Harvard, a por el tejo!

—¿Qué fue lo que hiciste mal?

Me volví hacia ella y le respondí. Al fin y al cabo yo la había invitado.

—Me pasé de la raya.

Y volví a mirar cómo mis compañeros de equipo intentaban anular los decididos esfuerzos de Al Redding por marcar.

—¿Y es una falta grave?

—Jenny, por favor, estoy intentando concentrarme.

—¿En qué?

—¡En cómo voy a pasar por la piedra a ese cerdo de Al Redding!

Miré de nuevo hacia la pista, para apoyar moralmente a los míos.

—¿Eres un jugador sucio?

Mis ojos estaban clavados en la meta, en nuestra portería, que en aquel momento era un hervidero de cerdos Verdes. Ardía en deseos de saltar de nuevo a la pista. Jenny insistió.

—¿Serías capaz de pasarme a mí por la piedra?

Le respondí sin volverme.

—Eso es lo que voy a hacer si no cierras el pico.

—Me voy. Adiós.

Cuando me volví, Jenny ya había desaparecido. Al tiempo que me levantaba para buscarla con la mirada entre el público, me dijeron que mi suspensión de dos minutos había tocado a su fin. Salté la barrera, y al hielo otra vez.

La multitud celebró con vítores mi reincorporación. «Con Barrett en el extremo, seguro que ganaremos». Dondequiera que se hubiese escondido, sin duda Jenny oiría el entusiasmo que suscitaba mi reaparición. Así que, ¿qué me importaba dónde estuviera?

¿Dónde está Jenny?

Al Redding disparó un tiro mortal, que nuestro guardameta desvió hacia Gene Kennaway, quien lanzó el tejo en dirección a mí. Mientras corría en pos del tejo, creí que me sobraba una décima de segundo para echar una ojeada a las gradas en busca de Jenny, y así lo hice. Y la vi. Allí estaba.

Inmediatamente después me encontré sentado en el santo suelo.

Dos cochinos Verdes me habían embestido, me encontraba de culo en el hielo, y me sentía —¡válgame Dios!— abrumado de bochorno. ¡Barrett derribado! Oía a los hinchas del Harvard gimiendo por mí, mientras resbalaba, intentando levantarme, y a los hinchas del Dartmouth, sedientos de sangre, coreando:

—¡Dadle, dadle, dadle!

¿Qué pensaría Jenny?

El Dartmouth volvió a lanzar el tejo hacia nuestra puerta, y nuevamente nuestro guardameta lo rechazó. Kennaway lo pasó a Johnston, quien lo lanzó hacia mí. (Al fin me había levantado de nuevo). La multitud estaba que ardía. Aquello tenía que ser un tanto. Agarré el tejo y me arrojé como un rayo contra la línea azul del Dartmouth. Dos defensas enemigos se abalanzaban contra mí.

—¡Vamos Oliver, vamos! ¡Hazles papilla!

Oí la voz aguda de Jenny por encima del rugido de la multitud. Un grito exquisitamente violento. Le hice un quiebro a uno de los defensas, choqué con el otro con tal violencia que quedó sin aliento y entonces —en lugar de disparar en posición falsa— pasé el tejo a Davey Johnston,

que había aparecido a mi derecha. Y Davey lo incrustó en la red. ¡Tanto para el Harvard!

Un instante después nos abrazábamos y besábamos. Yo y Davey Johnston y todos los muchachos. Venga abrazarnos y besarnos y darnos palmadas y saltar como cabras (sobre patines). La multitud chillaba. Y el tipo del Dartmouth seguía de culo en el hielo. Los hinchas arrojaban los programas a la pista.

El Dartmouth se desmoronó; se le quebró el espinazo. (Bueno, es una metáfora: el defensa se levantó cuando hubo recobrado el aliento). Los dejamos para el cubo de la basura: 7 a 0.

Si yo fuese un tipo sentimental, y Harvard me importara lo bastante para colgar una foto de la escuela en la pared, no sería de Winthrop House, ni de Mem Church, sino de Dillon. De Dillon Field House. Si tuve un hogar espiritual en Harvard, ése fue. Tal vez Nate Pusey me retiraría el título si se enterara, pero lo cierto es que para mí la Biblioteca Widener significaba mucho menos que Dillon. Durante toda mi vida de estudiante, cada tarde me iba a Dillon, saludaba a los compinches con cuatro amables obscenidades, me desprendía de los oropeles de la civilización y me convertía en un deportista. ¡Qué placer, ponerse las defensas y la vieja y querida camiseta con el número 7 (en mis pesadillas soñaba que me retiraban ese número, pero jamás lo hicieron), agarrar los patines y echar a correr hacia la pista de Watson Rink!

Y el regreso a Dillon era mejor todavía. Te quitabas el equipo empapado de sudor y te acercabas al mostrador, desnudo como al nacer, a pedir una toalla.

«¿Qué tal fue la cosa, Ollie?».

«Estupendo, Richie. Estupendo, Jimmy».

Luego, a las duchas, a enterarse de quién le hizo qué a quién y cuántas veces el sábado por la noche. «Nos en-

contramos con esas cerdas de Mount Ida, ¿sabes?...». Por mi parte, yo gozaba del privilegio de usufructuar un rincón privado para mis meditaciones. Gracias a mi rodilla enferma (sí, gracias, digo, y lo repito: ¿habéis visto mi cartilla militar?), después de jugar debía hacer un poco de hidroterapia. Sentado en el agua y contemplando los anillos que se formaban en torno a mi rodilla, podía pasar revista a mis cortes y magulladuras (que me hacían feliz, en cierto modo) y pensar un poco en cualquier cosa o en nada. Aquella noche podía pensar en un tanto conseguido, en un pase genial y en que, virtualmente, tenía ya en el bolsillo mi tercer All-Ivy consecutivo.

—¿En remojo, Ollie?

Era Jackie Felt, nuestro entrenador, que al mismo tiempo se había nombrado a sí mismo nuestro director espiritual.

—¿Pues qué te parece que estoy haciendo, Felt, cazando mariposas?

Jackie cloqueó, y su rostro se iluminó con una sonrisa idiota.

—¿Quieres saber lo que le pasa a tu rodilla, Ollie? ¿Quieres que te lo diga yo?

Me habían examinado la rodilla todos los ortopédicos del Este, pero Felt, desde luego, sabía más que nadie.

—Pues lo que le pasa a tu rodilla es que no comes lo que deberías comer.

Bueno, el tema no me interesa mucho, que digamos.

—Comes poca sal.

Si le seguía el humor acaso me dejara en paz.

—Bueno, Jack, procuraré comer más sal.

¡Dios, qué satisfecho quedó el hombre! Se alejó con una maravillosa expresión de triunfo en su cara de imbécil. El caso es que volvía a estar solo. Dejé que todo mi cuerpo, agradablemente dolorido, se deslizara bajo el remolino de agua, cerré los ojos, y me quedé allí sentado, con el agua caliente hasta el cuello. Ahhhhh.